

## LA FAMILIA, VIVERO DE ESPIRITUALIDAD LITÚRGICA

Luis Fernando ÁLVAREZ GONZÁLEZ

Aprendí a ser cristiano en mi casa. Me enseñaron a rezar mis padres. Me miraba en el espejo de mi familia. Íbamos los domingos a la parroquia juntos, rezábamos el rosario en familia alrededor de la mesa. Mi madre personalmente cuidaba la piedad de cada uno y de la familia.

A lo largo de mi vida he podido observar la misma escena del niño que es iniciado en el misterio por su padre o su madre: los ojos muy abiertos, un grado de atención máximo y la interiorización súbita, casi espontánea, del mensaje transmitido: «Mira, el Señor; dale un beso, N». U otro mensaje análogo. Y la relación con Dios queda iniciada para siempre. Los niños son muy capaces de Dios, están abiertos de par en par al misterio; son, podríamos decir, naturalmente religiosos. También hoy. Sin embargo toda predisposición, también la religiosa, necesita atención y cuidado para desarrollarse hasta convertirse en capacidad, ya que la educación en la fe recibida en los primeros años tiene una importancia transcendental.

En esta nota trataremos de la familia como tierra fértil donde nace y se educa el comportamiento religioso y litúrgico, que es el fundamento de la espiritualidad cristiana.

### 1. LO PROPIO DE LA FAMILIA CRISTIANA

Hablamos de la familia *cristiana*. O sea, una familia que se constituye sobre la base de un acontecimiento decisivo vivido en el seno

de la Iglesia: la celebración del matrimonio. A la luz y bajo el influjo de esta realidad sacramental, que es gracia vivida, el papel de los padres cristianos de ser los primeros y principales educadores—originales e insustituibles— de sus hijos se convierte en un auténtico *ministerio*; o sea, un servicio que construye y edifica la Iglesia: un don, un carisma, una misión. En realidad, el matrimonio no es un casarse por la Iglesia, sino *para* la Iglesia. Es decir, junto con el orden el matrimonio es un sacramento al *servicio* de la comunidad eclesial, para hacer crecer y madurar la vida de la Iglesia.

Porque el matrimonio transforma las relaciones interpersonales del esposo y la esposa, las relaciones interpersonales entre padres e hijos y las relaciones interpersonales de los hijos entre sí de forma que puedan expresar y manifestar (= ser signo de) las relaciones privilegiadas de Dios con cada persona en la comunidad: Así en las relaciones de los cónyuges se revela el pacto de alianza entre Cristo y la Iglesia (Ef 5,32); en las relaciones de los padres con sus hijos se descubre cómo es la relación del Dios padre y madre con las personas (Ez 16; Is 49,15); y en las relaciones fraternas entre los hijos se experimenta la comunión y el amor fraterno, regalo del Espíritu, tal como se vive en el seno de la comunidad cristiana.

De este modo el matrimonio convierte la vida misma de la familia en un itinerario de fe, es más, en verdadero sacramento del encuentro con Dios. Y en lugar natural de la adquisición de la identidad cristiana de los hijos. Ello requiere de los padres, ministros en esta Iglesia doméstica, la bella tarea de realizar, ante la mirada de sus hijos, en lo cotidiano, la Palabra de Dios sobre el matrimonio.

## 2. LA FAMILIA, COMUNIDAD INICIADORA

A pesar de las dificultades actuales de la familia, que atraviesa una crisis cultural profunda, y no obstante los desafíos pastorales y las situaciones difíciles de la misma—que la Iglesia debe afrontar en el presente—, la familia cristiana, en cuanto Iglesia doméstica, sigue siendo la primera comunidad iniciadora, responsable del anuncio y la maduración de la fe de los hijos.

Sí, la familia es la primera comunidad en la que un bautizado vive y madura su fe: el espacio humano donde preferentemente

tiene lugar el proceso de la iniciación cristiana. El hogar donde se aprende a ser cristiano. En el seno de esa comunidad familiar el cristiano practicará desde sus primeros años la coherencia entre fe y vida. Allí encontrará un cauce concreto para la personalización de su fe. La ayuda y el ejemplo necesarios para encarnar los valores genuinamente cristianos: el amor que se dona, la opción por la pobreza evangélica, la justicia y la verdad, la paz, el diálogo y el respeto... En esa comunidad familiar irá poco a poco aprendiendo a utilizar los criterios y las actitudes de fe en las situaciones menos fáciles que se presenten en cada momento: el nacimiento y la muerte, los éxitos y los fracasos, los sueños realizados y las desilusiones. Ello se lleva a cabo, ante todo, por el testimonio de vida cristiana de los padres, el primer catecismo vivo de los hijos, el ejemplo más cercano y concreto de seguimiento de Cristo que pueden conocer. En el seno de esa Iglesia en pequeño (por tamaño, no por importancia) el cristiano asumirá progresivamente como propia una auténtica espiritualidad familiar, que irá permeando toda la existencia.

### 3. LA FAMILIA, ESCUELA DE ORACIÓN

Para alimentar esta espiritualidad la familia necesita momentos explícitos de oración común. Una oración que sea sólida, viva, sencilla, nacida de la Palabra de Dios, participada por todos los miembros de la familia, capaz de alimentar una verdadera «cultura familiar de oración», que pone a Jesucristo en el centro mismo de la vida de la familia.

Una oración que vaya jalando los distintos momentos de la vida cotidiana: antes de comer, al finalizar la jornada... O los tiempos fuertes del año litúrgico: Adviento, Navidad, Cuaresma y Pascua, que se prestan a una lectura en familia de la Palabra de Dios, a la oración de los salmos. O los acontecimientos de particular importancia en la vida de la familia: el nacimiento de un nuevo hijo, la muerte de un ser querido, una desgracia inesperada (enfermedad, despido, crisis matrimonial, etc.), un acontecimiento particularmente alegre, un onomástico o cumpleaños, el aniversario de bodas, etc. Una oración que sabe también adoptar sabiamente las formas propias de la piedad popular: la oración del rosario, el ángelus...

La vida de oración de la familia hace experimentar a los hijos que el Señor Jesús da a beber el Espíritu Santo en los manantiales de la oración. El más importante de los cuales es el manantial de la Palabra de Dios, «pues a Dios hablamos cuando oramos, a Dios escuchamos cuando leemos sus palabras». La comunidad familiar se caracteriza por la escucha asidua, creyente y orante de la Palabra de Dios, que está en la base de toda espiritualidad auténticamente cristiana. Pocos versículos, pero cuidadosamente seleccionados, bien leídos, orados en silencio y comentados brevemente. Pero lo decisivo es una lectura en común, perseverante y creyente de la Palabra de Dios, que se escucha y se pone en práctica en familia.

Otro de los manantiales de la oración es la vida de cada día –con sus acontecimientos y con las personas, en quienes los hijos van aprendiendo a reconocer la presencia del Señor–, con la que conecta fácilmente la oración de la familia y en la que además se prolonga.

En realidad, la familia que busca de verdad orar nunca olvida que el Espíritu Santo es el verdadero pedagogo de la oración común, como también es el mistagogo de la celebración de la liturgia. Es indispensable empezar siempre cada momento de oración invocando al Espíritu Santo, alma de la comunidad orante, para evitar el peligro de dispersarse en simulacros estériles de oración sin llegar al corazón.

Los más pequeños comprenderán que si la oración es, sobre todo, un don, se puede y se debe pedir humildemente juntos. En primer lugar porque el orante es un mendigo de Dios, que no sabe pedir siquiera lo que le conviene (cf. Rom 8,26). Y además porque la oración es el encuentro de la sed de Dios y de la sed del hombre.

En suma, el dinamismo interno de la iniciación cristiana conduce a hacer de toda la existencia del cristiano una liturgia viva. Esta comienza siempre con la acogida del don de la oración, que procede del amor desmesurado de Dios que nos busca y quiere que nosotros vivamos. En efecto, el misterio de la liturgia pide que los fieles crean en él, lo celebren y vivan de él en una relación viviente y personal con Dios vivo y verdadero. Esta relación es la oración, la liturgia del corazón nuevo.

#### 4. LA FAMILIA: DONDE SE APRENDE A VIVIR LA LITURGIA

No hay liturgia sin oración ni oración sin liturgia. La experiencia de la oración en la familia asegura, poco a poco, a los más jóvenes que la acogida del don de la oración tiene lugar en el corazón; en nuestro corazón. Es ahí donde el río de la vida (cf. Ap 22,1-2), que es la liturgia, se convierte en la fuente de la existencia toda del cristiano. A partir de la liturgia del corazón, o sea, de la oración de verdad, la liturgia celebrada se va progresivamente transformando en nosotros en liturgia vivida. Porque la liturgia no es tanto para ser celebrada cuanto para ser vivida. Y la oración precisamente permite que el misterio de la liturgia se dilate y palpite siempre en nuestro corazón que cree y espera: el misterio se hace así amor silencioso, oración de contemplación. El misterio de Cristo pasa, a través de la celebración, a la vida de cada día por mediación de la oración del corazón.

Para recorrer este camino la ayuda de la familia es irremplazable. La necesitan muy especialmente los hijos, para aprender en la práctica a participar plenamente en la liturgia. En casa se conversa de la misa del domingo, de la homilía del cura. Se intercambian dificultades habidas en la confesión. Se habla y se escucha con libertad y confianza. Y la experiencia de los mayores sirve de luz y de orientación a los más jóvenes. Hay que evitar que la liturgia se convierta en un rito vacío y sin alma.

Este proceso de la oración de la familia es lento y rico. Requiere momentos, ritmos, intercambio de experiencias donde se ponen en común dificultades y logros. El resultado final será una vida cristiana sólida, donde la experiencia de Dios le da sentido a todo, lo enriquece todo. Una vida cristiana sin fragmentos donde se vive la gracia de la unidad: fe y vida, oración y acción, espiritualidad y misión, liturgia y compromiso. Una espiritualidad apostólica y misionera vivida en la realidad cotidiana, que llena la vida de sentido y de alegría.

Luis Fernando ÁLVAREZ GONZÁLEZ  
*Sacerdote salesiano, doctor en teología litúrgica.*